

EL FANTASMA QUE PERDÍA LAS SÁBANAS

JOAN PLA (CON ILUSTRACIONES DE TICA GODOY)



UNARIA
EDICIONES

Primera edición: Abril 2016

Textos

Joan Pla

Ilustraciones

Tica Godoy

Diseño

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-947109-0-2

Depósito legal

CS 317-2017

- © De los textos: sus autores
- © De las imágenes: sus autores
- © De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

A Joel y a Inés, mis nietos

EL FANTASMA QUE PERDÍA LAS SÁBANAS

NARRACIÓN ORIGINAL DE **JOAN PLA**





Cuentan los más mayores del pueblo que, después de la muerte del papa Luna, mientras el castillo de Peñíscola fue habitado, por la noches solía aparecer en él un fantasma vestido con una sábana muy blanca. Cuando fue definitivamente deshabitado, ya nadie le vio pasearse entre aquellos gruesos muros. Y la historia fue quedando olvidada poco a poco...

Pero recientemente, a causa de la muchísima gente que visitaba diariamente el castillo, el gobierno de la ciudad creyó conveniente, con la vista puesta en las demandas turísticas, que un conserje habitara una parte del castillo noche y día. De modo y manera que tuvieron que habilitar unas antiguas habitaciones como vivienda del nuevo huésped.

El conserje era Pedro, un hombre delgado, de carácter vivo, casado con Teresa, una mujer rubia y guapa. El matrimo-

nio tenía un hijo, Pedrito, de siete años, moreno como su padre, y una hija, Teresita, de nueve, rubia como su madre.

Al principio todo transcurría con la más estricta normalidad. Pedro atendía a las demandas de los turistas. Los formaba por grupos, según sus lenguas, a fin de que pudiesen ser atendidos por los guías. La mujer atendía a sus hijos y al mantenimiento del castillo.

Sin saber cómo ni por qué, dos meses más tarde, empezaron a suceder algunos hechos raros. En un principio, cuando Pedrito o Teresita se levantaban de dormir, encontraban que su ropa, sus zapatillas, o el libro con que se habían adormecido, leyendo hermosas historias, no estaban donde los habían dejado. Los primeros días cada hermano pensaba que no lo recordaba. «Quizá estaba ya medio durmiendo,» se decían. A medida que se iban repitiendo los hechos, primero malpensaron el uno del otro y, finalmente, los dos hermanos acabaron acusándose mutuamente.

—¡Me has cambiado la ropa de lugar! —decía Teresita.

—¡Y tú me has dejado el libro en el suelo! —le reprochaba Pedrito.

Pero cada uno de ellos negaba que hubiese hecho tal cosa.

Los padres, después de que les oyeran discutir cada mañana, pensaban que era cosa de chiquillos. Pero, finalmente, ante tantas discusiones, les pidieron explicaciones. Cuando les relataron los hechos, el padre dijo:

—Lo encuentro muy extraño. Porque si Pedrito —se dirigió a Teresita— te cambia la ropa de lugar, ¿quieres decir que él también se cambia la suya? ¿Por qué lo tendría que hacer? Y si



fueses tú, Teresita, la que se la cambias, a él, ¿por qué tendrías que cambiar la tuya?

—¿Y qué explicación das? —le preguntó la madre—. Pues no me digas que entra alguien de fuera ni que seamos nosotros...

El padre se cogió el mentón con los dedos y se quedó pensando.

—Debe ser algún fantasma —dijo medio de broma.

Y todo quedó en el aire, porque no encontraron ninguna explicación a tales hechos.

—Habrá que esperar a ver —dijo la madre.

De repente, la ropa, las zapatillas o los libros, volvieron a aparecer cada mañana en su lugar, exactamente donde los habían dejado a la hora de acostarse. Los padres sospecharon de que, una vez conocedores de los hechos, alguno de sus hijos había dejado de jugar a fantasmas.

Pero al cabo de dos semanas, por arte de magia, volvieron a aparecer cosas extrañas en las habitaciones de los dos hermanos. El primer día se trató de una lagartija muerta sobre la mesita de noche. El chillido que Teresita dio al despertarse y ver aquel bicho allí, hizo que sus padres acudieran a toda prisa a la habitación, muy asustados.

—Pero, ¿qué ha sido eso, hija? ¿Qué te ha pasado?

Ella, muy espantada, sin poder decir palabra, mirando hacia la mesita de noche, les señalaba el bicho.

—Pero, ¿qué hace esta lagartija muerta encima de la mesita? —se preguntaba el padre.



—¡Yo también tengo otra! —dijo Pedrito, mientras entraba en la habitación de su hermana y llevaba otra cogida por la cola.

Los padres no se lo explicaban.

—¿No será otra broma tuya? —le preguntaron a Pedrito, muy enfadados.

Pedrito se puso a llorar, asegurando que no tenía nada que ver con todo aquello.

—Yo también la tenía encima de mi mesita de noche! —se quejó.

Y se fue muy enfadado a su habitación.

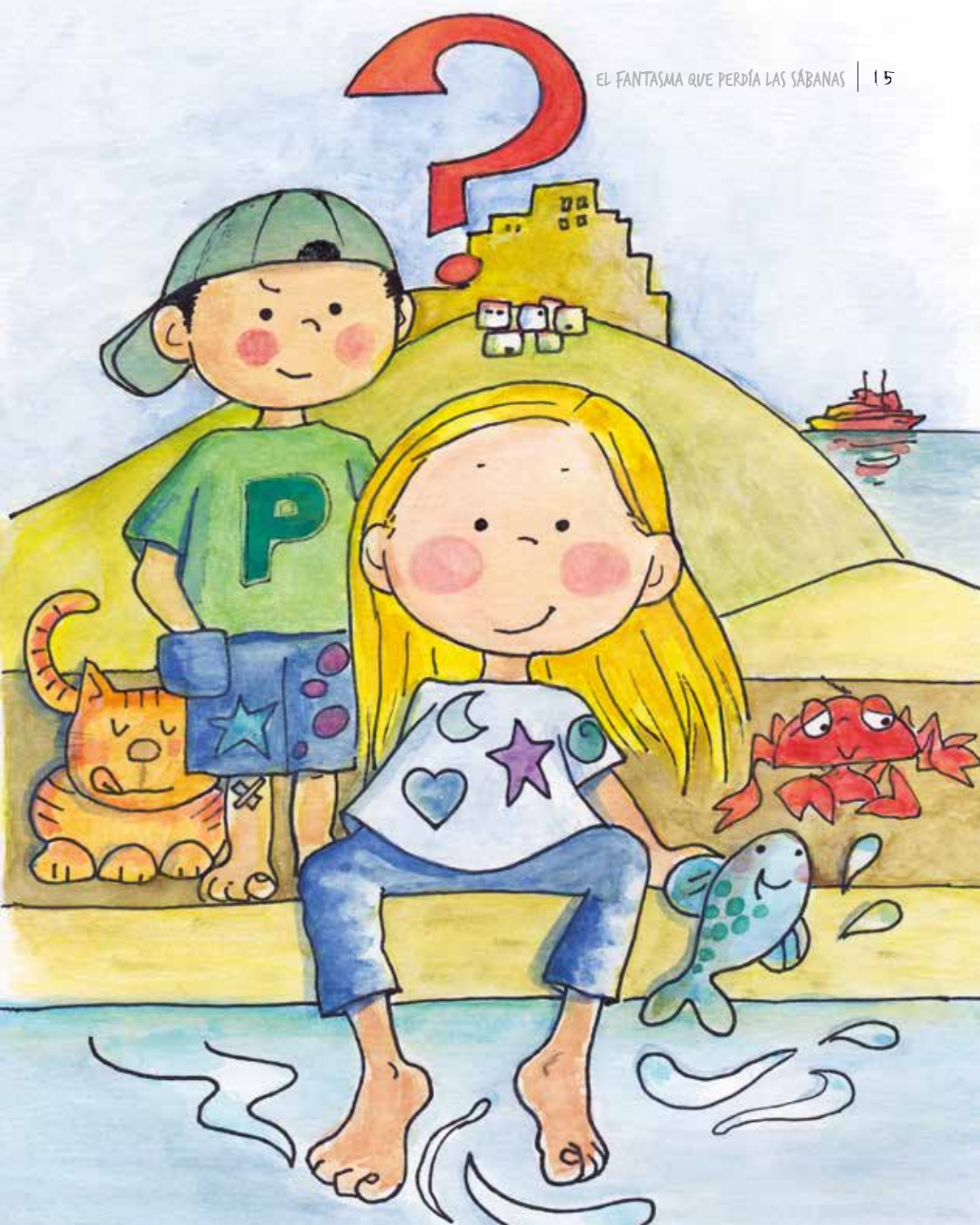
Los padres se quedaron mirando. Aquello ya estaba resultando muy extraño. Mientras la madre se quedó consolando a Teresita, el padre cogió las lagartijas y se las llevó.

—Vaya cosas más raras que están sucediendo —murmuraba la señora Teresa—. Aún debe ser cierto de que debe haber algún fantasma rondando por el castillo.

Al cabo de unos días, apareció sobre cada una de las dos mesitas de noche una araña grande; otro día, un murciélago; otro, un ratoncito... Todo a pares.

—Alguien está empeñado en que abandonemos el castillo —sentenció el señor Pedro, en una reunión familiar, ante tanto misterio—. A ver si aún es verdad aquella leyenda que recuerdan algunos mayores. Dicen que antiguamente un fantasma rondaba por el castillo de noche después de la muerte del papa Luna.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó la señora Teresa, muy asustada.



El padre se quedó pensativo durante un rato. Movi6 la cabeza, y dijo con energa:

—¡Le haremos frente, sea quien sea! ¡Le plantaremos cara! ¡Si alguien pretende que marchemos del castillo, nosotros seremos m6s tozudos y haremos que acabe cans6ndose! ¿Qu6 me decís, eh? —les pregunt6, desafiante.

Tanto su mujer como los dos hijos, se quedaron mirando y, ante las palabras decididas del padre, gritaron todos al unísono:

—¡SÍ, sí, le desafiaremos! ¡Le plantaremos cara!

—¡Pues, venga, que no se hable m6s! Que os deje cada mañana lo que le venga en gana encima de la mesita o en el suelo. ¡Lo cogemos y lo echaremos al cubo de la basura!

Y los cuatro se pusieron a aplaudir.